

en el Egipto al filósofo Psamon, lo que principalmente coligió de sus discursos fue que todos los hombres son regidos por Dios, á causa de que la parte que en cada uno manda é impéra, es divina; y que él todavía opinaba mas filosóficamente acerca de éstas cosas, diciendo que Dios es padre comun de todos los hombres; pero adopta especialmente por hijos suyos á los buenos.

En general con los bárbaros se mostraba arrogante, y como quien estaba muy persuadido de su generacion y origen divino; pero con los Griegos se iba con mas tiento en divinizarse: solo una vez escribiendo á los Atenienses acerca de Samos les dijo: no soy yo quien os entregó esta ciudad libre y gloriosa; sino que la teneis, habiéndola recibido del que entonces se decia mi señor y padre; queriendo indicar á Filipo. En una ocasion habiendo venido al suelo herido de un golpe de saeta, y sintiendo demasiado el dolor: esto que corre, amigos, dijo, es sangre, y no licor sutil,

Como el que fluye de los almos dioses; y otra vez, como habiendo dado un gran trueno, se hubiesen asustado todos, el sofista Anaxarco, que se hallaba presente, le preguntó: ¿y tú, hijo de Júpiter, no haces algo de esto? y él riéndose: no quiero, le dijo, infundir terror á mis amigos, como me lo propones tú, el que desdeñas mi cena, porque ves en las mesas pescados, y no cabezas de Sátrapas. Y era así la verdad, que Anaxarco, segun se cuenta, habiendo enviado el Rey á Hefestion unos peces, prorumpió en la frase que se deja expresada, como teniendo en poco y escarneciendo á los que con grandes trabajos y peligros van en pos de las cosas brillantes, sin que por eso en el goce de los placeres y de las comodidades excedan á los demas ni en lo mas mínimo. Se ve pues por lo que dejamos dicho que Alejandro dentro de sí mismo no fue seducido

ni se engrió con la idea de su origen divino; sino que solamente quiso subyugar con la opinion de él á los demas.

Vuelto del Egipto á la Fenicia, hizo sacrificios y procesiones á los dioses, y certámenes de coros de música y baile y de tragedias, que fueron brillantes, no solo por la magnificencia con que se hicieron, sino tambien por el concurso: porque condujeron estos coros los reyes de Chipre, al modo que en Atenas aquellos á quienes cabe la suerte en sus tribus, y contendieron con maravilloso empeño unos con otros: sin embargo la contienda mas ardiente fue la de Nicocreon de Salamina y Pasicrates de Solos: porque á estos les tocó presidir á los actores mas célebres, Pasicrates á Atenodoro, y Nicocreon á Tésalo, por quien estaba el mismo Alejandro. Con todo se abstuvo de manifestar su pasion hasta que los votos declararon vencedor á Atenodoro: mas entonces al retirarse dijo, segun parece, que alababa la imparcialidad de los jueces; pero que habria dado de buena gana parte de su reino por no haber visto vencido á Tésalo. Fue mas adelante multado Atenodoro por los Atenienses con motivo de no haberse presentado al combate de las fiestas Bacanales; y como hubiese suplicado al Rey escribiese en su favor, esto no tuvo á bien ejecutarlo; pero de su erario le pagó la multa. Representaba en el teatro Licon Escarfeo mereciendo aplauso; y habiendo intercalado con los de la comedia un verso que contenia la peticion de diez talentos, se echó á reir y se los dió. Envióle Darío una carta y personajes de su corte que intercediesen con él, para que recibiendo diez mil talentos por los cautivos, conservando todo el terreno de la parte acá del Eufrates, y tomando en matrimonio una de sus hijas, hubiese entre ambos amistad y alianza; lo que consultó con sus amigos; y habiéndole dicho Parmenion: pues yo si fuera Alejandro admitiria este

partido: yo tambien, le respondió, si fuera Parmenion; pero á Darío le escribió que seria tratado con la mayor humanidad si viniese á él; mas si no venia, que iba al momento á marchar en su busca.

Mas á poco tuvo motivo de disgusto, por haber muerto de parto la muger de Darío: dando bien claras pruebas del sentimiento que le causaba el que se le quitase la ocasion de manifestar su buen corazon. Hizo pues que se le diera sepultura, sin excusar nada de lo que pudiera contribuir á la magnificencia y al decoro. En esto uno de los Eunuco de la cámara, que habia sido cautivado con la Reina y demas mugeres, llamado Tireo, marcha corriendo en posta del campamento, y llegado ante Darío le refiere la muerte de su esposa. Despues de haberse lastimado la cabeza y desahogándose con el llanto: ¡ estamos buenos, exclamó, con el Genio de la Persia, si la muger y hermana del Rey no solo ha vivido en la servidumbre, sino que ha sido tambien privada de un entierro regio! á lo que replicando el camarero; por lo que hace al entierro, dijo, ó Rey, y á todo honor y respeto, no tienes en qué culpar al Genio malo de la Persia: porque mientras vivió mi amada Estatira, ni á la misma, ni á tu madre, ni á tus hijos les faltó nada de los bienes y honores que les eran debidos, á excepcion del de ver tu luz, que otra vez volverá á hacer que resplandezca el supremo Oromasdes; ni despues de muerta aquella ha dejado de participar de todo decoro, siendo honrada con las lágrimas de los enemigos: porque Alejandro es tan benigno en la victoria como terrible en el combate. Al oír Darío esta relacion, la turbacion y el amor lo condujeron á infundadas sospechas; é introduciendo al Eunuco á lo mas retirado de su tienda: si es que tú, le dijo, no te has hecho tambien Macedonio con la fortuna de los Persas, y todavia soy tu amo Darío, dime, reverenciando la resplande-

ciente luz de Mitra y la diestra del Rey, si acaso son ligeros los males que lloro de Estatira, en comparacion de otros mas terribles que me hayan acaecido mientras vivia, por haber caido en manos de un enemigo cruel é inhumano? ¿porque qué motivo decente puede haber para que un joven llegue hasta ese exceso de honor con la muger de un enemigo? Todavía no habia concluido, cuando arrojándose á sus pies Tireo, empezó á rogarle que mirara bien lo que decia, y no calumniara á Alejandro, ni cubriera de ignominia á su hermana y muger muerta, quitándose á sí mismo el mayor consuelo en sus grandes infortunios, que era el que pareciese haber sido vencido por un hombre superior á la humana naturaleza; sino que mas bien admirara en Alejandro el haber dado mayores muestras de continencia y moderacion con las mugeres de los Persas, que de valor con sus maridos. Continuaba el camarero profiriendo terribles juramentos en confirmacion de lo que habia dicho, y celebrando la moderacion y grandeza de ánimo de Alejandro, cuando saliendo Darío adonde estaban sus amigos, y levantando las manos al cielo: dioses patrios, exclamó, tutelares del reino, dadme ante todas cosas el que vuelva á ver en pie la fortuna de los Persas, y que la deje fortalecida con los bienes que la recibí, para que vencedor, pueda retornar á Alejandro los favores que en mí adversidad ha dispensado á los objetos que me son mas caros; y si es que se acerca el tiempo que la venganza del cielo tiene prefinido para el trastorno de las cosas de Persia, que ninguno otro hombre que Alejandro se sienta en el trono de Ciro. Los mas de los historiadores convienen en que estas cosas sucedieron y se dijeron como aquí van referidas.

Alejandro, despues de haber puesto á su obediencia todo el pais de la parte acá del Eufrates, movió contra Darío, que bajaba con un millon de comba-

tientes. Refirióle uno de sus amigos una ocurrencia digna de risa, y fue que los asistentes y bagageros del ejército por juego se habian dividido en dos bandos, cada uno de los cuales tenia su caudillo y General, al que los unos llamaban Alejandro, y los otros Darío. Empezaron á combatir de lejos tirándose terrones unos á otros; despues vinieron á las puñadas, y acalorada la contienda, llegaron hasta las piedras y los palos, habiendo costado mucho trabajo el separarlos. Enterado de ello, mandó que los caudillos se batieran en duelo, armando él por sí mismo á Alejandro, y Filotas á Darío; y el ejército fue espectador de aquel desafio, tomando lo que en él sucediese por agüero del futuro éxito de la guerra. Fue reñida la pelea, en la que venció el que se llamaba Alejandro, y recibió por premio doce aldeas, y poder usar de la estola Persiana: así es como Eratótenes nos lo ha dejado escrito; pero la grande batalla contra Darío no fue en Arbelas como dicen muchos, sino en Gaugamelos: nombre que en el dialecto Persa dicen significa la casa del Camello, á causa de que en lo antiguo un Rey, huyendo de los enemigos en un dromedario, le edificó allí casa, señalando algunas aldeas y ciertas rentas para su cuidado. La luna del mes boedromion padeció eclipse al principio de los misterios que se celebran en Atenas; y en la noche undécima, despues del eclipse, estando ambos ejércitos á la vista, Darío tuvo sus tropas sobre las armas, recorriendo con antorchas las filas; pero Alejandro, mientras descansaban los Macedonios, pasó la noche delante de su pabellon con el agorero Aristandro, haciendo ciertas ceremonias arcanas, y sacrificando al miedo. Los mas ancianos de sus amigos, y con especialidad Parmenion, viendo todo el pais que media entre el Nifates y los montes de Gordiena iluminado con las hachas de los bárbaros, y que desde el campamento se difun-

día y resonaba una voz confusa con turbación y miedo como de un inmenso piélago, admirados de semejante muchedumbre, y diciéndose unos á otros que habia de ser grande empresa el acometer al descubierta y repeler tan furiosa tormenta, se dirigieron al Rey concluido que hubo los sacrificios, y le propusieron que se acometiera de noche á los enemigos, y se ocultara entre las sombras lo terrible del combate en que iban á entrar. Mas él diciendo aquella tan celebrada sentencia: yo no hurto la victoria, á unos les pareció que habia dado una respuesta pueril y vana, tratando de burlería tan grave peligro; pero otros creyeron que habia hecho bien en manifestar confianza en lo presente, y acertado para lo futuro en no dar ocasión á Darío, si fuere vencido, para querer todavía hacer otra prueba, achacando esta derrota á la noche y á las tinieblas, como la primera á los montes, á los desfiladeros y al mar: porque Darío con tan inmensas fuerzas no desistiria de combatir por falta de armas ó de hombres, sino cuando perdiera el ánimo y la esperanza, convencido de haber sido deshecho en batalla dada á vista de todo el mundo de poder á poder.

Dícese que encerrándose en su pabellon luego que estos se retiraron, durmió con un profundo sueño la parte que restaba de la noche, fuera de su costumbre: en términos que se maravillaron los Gefes, habiendo ido á hablarle de madrugada; y tuvieron que dar por sí la primera orden, que fue la de que los soldados comieran los ranchos. Despues, cuando ya el tiempo estrechaba, entró Parmenion, y poniéndose al lado de la cama, le fue preciso llamarle dos ó tres veces por su nombre: despertóse, y preguntándole este en qué consistia que durmiese el sueño de un vencedor, cuando no faltaba nada para entrar en el mas reñido de todos los combates, se añade haberle respondido sonriéndose: ¿pues te pa-

rece que no hemos vencido ya, libres de tener que andar errantes en persecucion de Darío, que nos hacia la guerra huyendo por un pais extenso y gastado? Y no solo antes de la batalla, sino que en medio del peligro se mostró grande é inalterable para tomar disposiciones y dar pruebas de confianza: porque aquella accion tuvo momentos de flaqueza y de algun desorden en la ala izquierda mandada por Parmenion, por haber cargado la caballería Bactriana con gran ímpetu y violencia á los Macedonios, y haber enviado Maceo otra division de caballería fuera de la línea de batalla para acometer á los que guardaban los equipages. Asi es que turbado Parmenion con estos dos incidentes, envió ayudantes que informaran á Alejandro de que iban á perderse el campamento y el bagage, si sin dilacion alguna no enviaba desde vanguardia un considerable refuerzo á los de reserva; y esto fue en el momento en que justamente estaba dando á los que por sí mandaba la orden y señal de embestir. Luego que se enteró del aviso de Parmenion, dijo que sin duda estaba lelo y fuera de su acuerdo, pues con la turbacion no reparaba que si vencian, serian dueños de cuanto tenían los enemigos; y si eran vencidos, no estarian para pensar en caudales ni en esclavos, sino en morir peleando denodada y valerosamente; y esto mismo fue la respuesta que mandó á Parmenion. Calóse entonces el casco, porque ya antes habia tomado en su tienda el resto del armamento, que consistia en una ropa á la Siciliana ceñida, y encima una sobrevesta de lino doble, de los despojos tomados en Iso. El casco era de acero, pero resplandecia como la mas bruñida plata, obra de Teofilo. Guardaba conformidad con él un collar asimismo de acero guarnecido con piedras. La espada era admirada por el temple y la ligereza, dádiva que le habia hecho el Rey de los Citienses; y se la habia ceñido, porque ordina-

riamente usaba de la espada en las batallas. El broche de la cota era de un trabajo y de un primor muy superior al resto de la armadura: porque era obra de Helicon el mayor y obsequio de la ciudad de Rodas que le habia hecho aquel presente: solia tambien llevarle en los combates. Mientras que anduvo disponiendo la formacion, ó dando órdenes, ó comunicando instrucciones ó haciendo reconocimientos, tuvo otro caballo, no queriendo cansar á Bucéfalo, que estaba viejo; pero cuando ya se iba á entrar en la accion, le trajeron este; y en el momento mismo de montar le habia principiado el combate.

Entonces habiendo hablado con alguna detencion á los Tesalios y á los demas Griegos, luego que estos le dieron ánimo gritando que los llevara contra los bárbaros, pasó la lanza á la mano izquierda, y tendiendo la diestra, invocaba á los dioses, pidiéndoles, segun dice Calistenes, que si verdaderamente era hijo de Júpiter, defendieran y protegieran á los Griegos. El agorero Aristandro que le acompañaba á caballo, llevando una especie de alba y una corona de oro, les mostró una águila, que puesta sobre la cabeza de Alejandro se encaminaba recta á los enemigos; lo que infundió grande aliento á los que la vieron, y con este motivo exhortándose unos á otros, la falange aceleró el paso para seguir á la caballería, que de carrera marchaba al combate. Antes de trabarse este entre los de la primera línea cieron los bárbaros, y se les perseguia con ardor, procurando Alejandro impeler los vencidos hácia el centro, donde se hallaba Darío; porque le habia visto de lejos, haciéndose observar por entre los de vanguardia colocado en el fondo de la tropa real, de bella presencia y estatura, conducido en un carro alto, y defendido por numerosa y brillante caballería, muy bien distribuida al rededor del carro, y dispuesta á recibir ásperamente á los enemigos; pero pareciéndoles

Alejandro terrible de cerca, é impeliendo este los fugitivos sobre los que se mantenian en su puesto, llenó de terror y dispersó á la mayor parte. Los esforzados y valientes, muriendo al lado del Rey, y cayendo unos sobre otros, eran estorbo para el alcance, aferrándose aun en esta disposicion á los hombres y á los caballos. Darío, viendo ante sus ojos toda especie de peligros, y que venian sobre él todas las tropas que tenia delante, como no le fuese fácil hacer cejar ó salir por algun lado el carro, sino que las ruedas estaban atascadas con tantos caidos, y los caballos, detenidos y casi cubiertos con tal muchedumbre de cadáveres, tenian en agitacion y despedian al que los gobernaba, abandonó el carro y las armas, y montando, segun dicen, en una yegua recién parida, dió á huir; y es probable que no habria escapado, á no haber venido otros ayudantes de parte de Parmenion implorando el auxilio de Alejandro, por mantenerse allí todavía considerables fuerzas y no acabar de ceder los enemigos. Generalmente se tacha á Parmenion de haber andado desidioso é inactivo en esta batalla, bien fuera porque la edad le hubiese disminuido los brios, ó bien porque, como dice Calistenes, le causase disgusto y envidia el alto grado de violencia y entonamiento á que habia llegado el poder de Alejandro; el cual aunque se incomodó con aquella llamada, no manifestó lo cierto á los soldados, sino que como si se contuviera de la matanza por ser ya de noche, hizo la señal de retirada; y marchando adonde se decia que habia riesgo, recibió aviso en el camino de que enteramente habian sido vencidos y huian los enemigos.

Habiendo tenido este éxito aquella batalla, parecia estar del todo destruido el imperio de los Persas; y aclamado Alejandro Rey del Asia, sacrificó espléndidamente á los dioses; y á sus amigos les repartió haciendas, casas y gobiernos. Escribió ademas

con cierta ambicion á los Griegos, que se destruyeran todas las tiranías, y se gobernara cada pueblo por sus propias leyes; y en particular dió orden á los Plateenses para que restablecieran su ciudad, pues que sus padres habian dado territorio á los Griegos en el que peleasen por la libertad comun. Envió asimismo á los de Crotona en Italia parte de los despojos, para honrar con ellos la buena voluntad y la virtud del atleta Faulo, que en la guerra Pérsica, cuando todos los demas de Italia daban por perdidos á los Griegos, marchó á Salamina con una nave armada que tenia propia para tomar parte en aquellos peligros. ¡Tan inclinado era á toda virtud! y hasta tal punto conservaba la memoria de las acciones loables, y las miraba como hechas en su bien!

Recorriendo la provincia de Babilonia, que ya toda le estaba sujeta, lo que mas le maravilló fue la sima que hay en Ecbatana de fuego perenne, como si fuera una fuente, y el raudal de nafta que viene á formar un estanque no lejos de la sima. Parece la nafta en las mas de sus calidades al betun, y tiene tal atraccion con el fuego que antes de tocarle la llama, con la mas mínima parte que le llegue del resplandor, inflama muchas veces el aire contiguo. Para hacer pues los bárbaros ver al Rey su fuerza y su virtud no derramaron mas que unas gotitas de esta materia por el corredor que conducia al baño, y despues desde lejos alargaron las hachas con que le alumbraban, porque ya era de noche, hácia los puntos que se habian rociado; é inflamados los primeros, la propagacion no tuvo tiempo sensible, sino que como el pensamiento pasó el fuego de uno al otro extremo, quedando inflamado todo el corredor. Hallábase en el servicio de Alejandro un Ateniese llamado Atenofanes, destinado con otros al ministerio de ungirle y bañarle, y tambien al de procurarle desahogo y diversion. Este pues como á la sazón

estuviese en el baño un mozuelo del todo despreciable y ridículo por su figura, pero que cantaba con gracia, llamado Estefano, ¿quereis, le dijo, ó Rey, que hagamos en Estefano experiencia de este betun? porque si con tocarle no se apaga, es preciso confesar que su virtud es insuperable y terrible. Prestábase tambien el mozuelo de buena gana al experimento; y en el momento de untarle y tocarle, levantó su cuerpo tal llamarada, y se encendió todo de manera que Alejandro se vió en el mayor conflicto, y concibió temor; y á no ser que por fortuna se tuvieron á mano muchas vasijas de agua para el baño, un auxilio mas tardío no hubiera alcanzado á que no se abrasase; aun así se apagó con mucha dificultad el fuego que ya se había extendido por todo el cuerpo, y de resultas quedó bien maltratado. Con razon pues acomodando algunos la fábula á la verdad dicen haber sido este el ingrediente con que untó Medea la corona y la ropa de que se habla en las tragedias: porque no ardieron estas por sí mismas, ni se encendió aquel fuego sin causa; sino que habiéndose puesto cerca alguna luz tuvo lugar una atracción é inflamación repentina, imperceptible á los sentidos. Porque los rayos y emanaciones del fuego que parten de cierta distancia, sobre algunos cuerpos no derraman mas que luz y calor; pero en otros, que tienen una sequedad espirituosa, ó una humedad grasienta y no disipable, amontonándose y acumulando fuego en ellos, producen mudanza y destrucción en su materia. Ofrecia pues dificultad el concebir la formación de la nafta: si es solo un betun líquido que se considere como depositado allí, ó si es un humor encendido que mana de una tierra grasienta por sí, y como si dijésemos pirogena. Porque la de Babilonia es de suyo sumamente fogosa, tanto que muchas veces levanta y hace saltar las pajas que hay por el suelo, como si aquel lugar por demasiado ardor

tuviera pulsos⁷: de modo que los naturales en el tiempo del calor duermen sobre odres llenos de agua. Harpalo, que quedó por administrador del país, y que se propuso adornar las plazas de palacio y los paseos con árboles y plantas griegas, las demás hizo que se diesen en aquella region, y solo no lo consiguió con la yedra, que siempre se secó, por no poder llevar aquella temperatura, que es muy cálida, cuando ella es planta de terrenos frios. Esperamos que estas digresiones no incurran en la reprehension, aun de los mas delicados, siempre que guarden cierta medida.

Hecho dueño Alejandro de Susa, ocupó en el palacio cuarenta mil talentos en moneda acuñada, y en lo demás preciosidades y riquezas incalculables. Dícese que solo en púrpura de Herminoe se encontraron cinco mil talentos, la cual con estar allí guardada ciento y noventa años había, se conservaba fresca y brillante, como si acabara de ponerse; atribuyéndose esto á que el tinte del color purpúreo se daba con miel, y el color blanco con aceite blanco: porque se veían otros paños que teniendo el mismo tiempo conservaban todo su lustre y toda la viveza de colores. Refiere Dinon que los reyes de Persia hacían llevar hasta agua del Nilo y del Istro, y depositarla en el tesoro con las demás cosas que le componían, para hacer así patente la grandeza de su imperio, y que dominaban la tierra.

Como la entrada en Persia fuese difícil por la aspereza del terreno, y estuviese defendida por los mas alentados y fieles de sus naturales, pues Darío se había acogido á ella; tuvo por guia, para dar cierto rodeo, que no fue tampoco muy largo, á un hom-

1 Véase como observaron los antiguos este fenómeno de la electricidad, y sospecharon algo sobre la causa; pero nada mas que sospechar.

bre instruido en ambas lenguas; por quanto su padre era Licio y su madre Persiana. Dicese que siendo todavía niño Alejandro la Pitia profetizó que un Licio le serviría de guía en su expedicion contra los Persas. Fue grande la mortandad que se dice haber tenido allí lugar de los que cayeron cautivos; porque escribe el mismo que creyendo hallar en esto ventaja habia dado orden de que se diera muerte á los enemigos; que en dinero encontró tanta cantidad como en Susa, y todos los demas efectos y riquezas fueron carga de diez mil yuntas de mulas y de cinco mil camellos. Habiendo visto una estatua colosal de Jerges, derribada sin reparar al suelo por la multitud que habia penetrado al palacio, se paró, y saludándola como si estuviese animada: ¿á qué me determinaré, le dijo, á dejarte en tierra por tu expedicion contra los Griegos, ó á levantarte por tu grandeza de ánimo y otras virtudes? y al cabo, habiendo estado por un rato pensando entre sí, pasó de largo sin hablar mas palabra. Queriendo que el ejército se repusiese, pues era entonces la estacion de invierno, se detuvo allí quatro meses; y se dice que estando sentado por la primera vez en el trono regio bajo un dosel de oro, Demarato de Corinto, hombre que le amaba, continuándole la amistad que habia tenido con su padre, se echó á llorar, como sucede á los ancianos, y exclamó en esta forma: ¡de qué placer tan grande se han privado aquellos Griegos que han muerto antes de haber visto á Alejandro sentado en el trono de Darío!

De allí á poco, estando ya para mover contra Darío, sucedió que condescendiendo con sus amigos en un banquete y francachelas, llegó hasta el punto de permitir que concurriesen mugerzuelas á comer y beber con sus amantes. Sobresalia entre estas Tais, amiga de Tolomeo, que mas adelante vino á ser Rey, natural del Atica; la cual ya celebrando cuidadosa-

mente las dotes de Alejandro, y ya haciéndole gracias añagazas, con el calor de la bebida llegó á pronunciar una expresion, que si bien no desdecia de las costumbres de su patria, parecia sin embargo que no podia provenir de ella. Porque dijo que en aquel dia recibia la recompensa de quanto habia padecido en sus marchas y peregrinaciones por el Asia, pudiendo tratar con el último desprecio á la orgullosa corte de los Persas; y que su mayor gusto seria quemar en medio de aquel regocijo el palacio de Jerges, que habia incendiado á Atenas, siendo ella quien le diera fuego en presencia del Rey, para que corriera por todas partes la voz de que mayor venganza habian tomado de los Persas en nombre de la Grecia unas mugerzuelas, que tantas tropas de mar y de tierra y tantos Generales con el mismo Alejandro. Dicho esto, se levantó al punto grande algazara y aplauso, exhortándola y acalorándola sus amigos, tanto que inflamado el Rey se levantó y echó á andar el primero, poniéndose una corona y tomando una antorcha. Siguiéronle todos los del festin con gritería y estruendo, distribuyéndose al rededor del palacio; y los demas Macedonios que lo entendieron acudieron tambien con antorchas sumamente contentos; porque echaban la cuenta de que el abrasar y destruir el palacio era de un hombre que volvia los ojos hácia su domicilio, y no tenia pensamiento de habitar en aquel pais bárbaro. Unos dicen que por este término se dispuso aquel incendio, y otros que muy de propósito é intento; mas en lo que convienen todos es en que se arrepintió muy en breve, y dió orden para que se apagase.

Siendo por naturaleza dadivoso, creció en él la liberalidad á proporcion que creció su poder; y aquella iba siempre acompañada de afabilidad y benevolencia, que es como los beneficios inspiran una verdadera gratitud. Haremos memoria de algunas de sus

dádivas. Ariston, General de los Peones, habia dado muerte á un enemigo; y mostrándole la cabeza: entre nosotros, ó Rey, le dijo, este presente se recompensa con vaso de oro; y Alejandro sonriéndose, vacío, le contestó, y yo te lo doy lleno de buen vino; bebiendo antes á tu salud. Guaba uno de tantos Macedonios una acémila cargada con oro del que se habia ocupado al Rey; y como esta se cansase, tomó él la carga y la llevaba á cuestas. Vióle Alejandro sumamente fatigado, y enterado de lo que era, cuando iba á dejarla caer, no hagas tal, le dijo, sino sigue tu camino llevándola hasta tu tienda para tí. En general mas se incomodaba con los que no recibian sus beneficios, que con los que le pedian; y á Focion le escribió una carta, en que le decia que no le tendria en adelante por amigo si desechaba sus favores. A Serapion, uno de los mozos que jugaban con él á la pelota; no le dió nunca nada, porque no pedia; y en una ocasion, puesto este en el juego, alargaba la pelota á los demas; y diciéndole el Rey ¿y á mí no me la alargas? si no la pides, le respondió; con lo que se echó á reír, y le hizo un gran regalo. Pareció que se habia enojado con Protea, uno de los decidores y bufones, que no carecia de gracia: rogábanle por él los amigos, y el mismo Protea se presentó llorando, y les dijo que estaba aplacado; mas como este repusiese, ¿y no empezaras, ó Rey, á darme de ello alguna prenda? mandó que le dieran cinco talentos. Cuanta hubiese sido su profusion en repartir dones y gracias á sus amigos y á los de su guardia lo manifestó Olimpiada en una carta que le escribió. De otro modo le decia seria de aprobar que hicieses bien á tus amigos, y que te portases con esplendor; pero ahora haciéndolos otros tantos reyes, á ellos les proporcionas que tengan amigos, y á tí el quedarte solo. Escríbale frecuentemente Olimpiada por este mismo término, y estas cartas tenia cui-

dado de reservarlas; solo una vez, leyendo juntamente con él Hefestion, pues solia tener esta confianza, una de estas cartas que acababa de abrir, no se lo prohibió, sino que se quitó el anillo, y le puso á aquel el sello en la boca. Al hijo de Maceo, aquel que gozaba de la mayor privanza con Darío, teniendo una satrapía, le dió con ella otra mayor; mas este la rehusó diciendo: antes, ó Rey, no habia mas de un Darío; pero tú ahora has hecho muchos Alejandros. A Parmenion pues le dió la casa de Bagoas, en la que se dice haberse encontrado en muebles de Susa hasta mil talentos. Escribió á Antipatro que se rodeara de guardias, pues habia quien le armaba asechanzas. A la madre le dió y envió muchos presentes; pero nunca le permitió mezclarse en el gobierno ni en las cosas del ejército; y siendo de ella reprendido, llevó blandamente la dureza de su genio; y una vez habiendo leído una larga carta de Antipatro, en que trataba de ponerle mal con ella: no sabe Antipatro, dijo, que una sola lágrima de una madre borra miles de cartas.

Habiendo visto que cuantos tenia á su lado se habian entregado enteramente al lujo y al regalo, haciendo excesivos gastos en todo lo relativo á sus personas, tanto que Agnon de Teyo llevaba clavos de plata en los zapatos; Leonato se hacia traer del Egipto con camellos muchas cargas de polvo para los gimnasios; Filotas habia hecho para la caza toldos que se extendian hasta cien estadios; y que eran mas los que para unirse y para el baño usaban de mirra que de aceite, llegando hasta el extremo de tener mozos únicamente destinados á que les rascasen y conciliasen el sueño, los reprendió suave y filosóficamente, diciendo maravillarse de que hombres que habian sostenido tantos y tan reñidos combates, se hubieran olvidado de que duermen con mas gusto los que trabajan, que los que estan ociosos; y de que no vie-